

## El desencanto de los premios

El último Goncourt, Sarr, abunda en su denuncia, el paternalismo intelectual de la metrópoli, con una novela desmesurada

V. M. NIÑO

Dentro de un mercado tan maleado como es el editorial hay algunos premios extraordinarios por su origen, como el Goncourt, o por su plantel como el Booker Prize. El primero, dentro de la literatura escrita en francés, tiene una dotación económica simbólica (10 euros) pero una proyección en ventas y traducciones más que notable. Por esa vía ha publicado Anagrama al último gana-

dor, el senegalés Mohamed MBOUGAR SARR. 'La más recóndita memoria de los hombres' es la novela premiada, tan larga, ambiciosa e incierta como su título.

Sarr (1990) vive en Francia y ha publicado otras tres novelas, dos de ellas sancionadas con el Premio Mestiza, cuyo alcance se nos escapa pero viene al caso el adjetivo. El hecho de proceder de una excolonia francesa marca esta obra de Sarr y su puesta de largo en sociedad. El protagonista critica que el origen del creador sea usado como categoría artística, que la metrópoli ejerza un cierto paternalismo intelectual y sus hijos 'pródigos' venidos de África y educados en París puntúen en liga aparte. Tesis razo-

nable expuesta en una trama infinita que tiene su origen en un libro descubierto por Diegane, actor principal, y las aventuras que le acaecen buscando al autor, otro africano, Elimane, conocido como el 'Rimbaud negro'.

A partir de ahí, Sarr despliega una red metaliteraria: escritor que busca a otro, libro maldito como enlace, pistas en forma de críticas literarias, recortes de periódicos, amigos con idéntica devoción y revistas. Todo ello trufado de nombres que traslucen las querencias literarias de Sarr -Sabato, Bolaños, Borges, Gombrowiz, las Ocampa- y artísticas -Dali, Manu Chao-, con vaivenes geográficos -Dakar, Amsterdam, Buenos Aires y París- y salpica-



**LA MÁS RECÓNDITA MEMORIA DE LOS HOMBRES**  
MOHAMED MBOUGAR SARR  
Anagrama.  
448 páginas. 22,90 euros.

do de encuentros carnales -desde el amor de la argelina a la lección de la escritora mayor pasando por la juvenil promiscuidad de sus amigos-.

En esta ensalada de infinitos ingredientes el más revelador es precisamente el que tiene que ver con el origen -las raíces de la

sensual Siga, médium con el anhelo escritor y conocedora del mítico libro- y el odio de su padre que la catapultará hacia el reconocimiento literario. Allí se habla de los 'negrosblancos', la sima que bordea con éxito Sarr en su vida personal, también del compromiso político de los 'educados' con su país y de lo que supone la emigración.

Sarr juega con lector, le cuenta, le interpela, le hace acotaciones de su ficción y le sugiere los premios que tiene en cuenta el autor -el Fémina, el Goncourt-. Nada es inocente, maneja las claves para el triunfo. Sarr conoce el mercado y las reglas, solo le falta acotar la receta. De momento no ha logrado abrir nuevas ventanas literarias como sí lo hicieron Duras, Echenoz, Quignard, Lamaitre o Leila Slimani, antecesores en el galardón.

UN ÁNGULO ME BASTA

## En la soledad agreste

«La buena literatura nos permite vivir otras vidas, con toda su belleza, a través de la imaginación»

FERMÍN HERRERO



La relevancia espacial en la narración es apreciable en 'Punta Albatros' (Seix-Barral), primera novela que publica, en torno a los cuarenta, Margarita Leoz, tras foguearse, como Dios manda, en el relato breve (en su día comentamos aquí los magníficos cuentos de 'Flores fuera de estación'). En vísperas del invierno, el narrador y protagonista acude al lugar del título, solitario en extremo, para sustituir al médico titular, desaparecido, como si hubiese huido o se hubiera esfumado. Y no se lo toma de entrada muy bien, desde luego: «Era inevitable para mí ver todo aquello como un exilio, como un castigo». En realidad se ha escapado hasta esa «costa remota», «el culo del mundo», como lo llama un colega muy cercano, a consecuencia de un fracaso afectivo que ya veremos si logra restañar. Leoz alterna la narración en presente con 'flashbacks' y catas en su pasado familiar y estudiantil, noviazgo, amistades y, sobre todo, escarceos amorosos con una amante, que lo llevaron al desastre. Así teje una trama, fragmentada en varios planos y atomizada temporalmente, muy convincente, tal vez con una salvedad, algunas pinceladas del arranque, para situar la acción, y ciertas fases del desarrollo, resultan demasiado previsibles -igual que el estilo, por lo general bien temperado, se me antoja en ocasiones correcto en exceso- con un aire a serie de Netflix; sin duda contri-



**PUNTA ALBATROS**  
MARGARITA LEOZ  
Seix Barral.  
320 páginas. 19 euros.



**EL NOMBRE DE LAS ESTRELLAS**  
PETE FROMM  
Errata Naturae.  
346 páginas. 21 euros.



**TRES VERANOS**  
MARGARITA LIBERAKI  
Periférica.  
328 páginas. 20,50 euros.

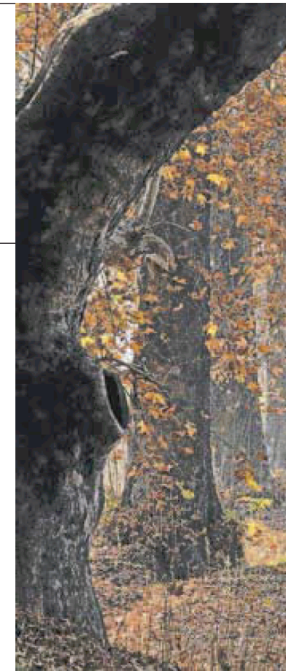
buyen a enganchar al lector, pero tal vez son deudoras de un facilismo que la escritora navarra esquivaba siempre en sus cuentos.

Mientras asistimos a la recapitulación de su pasado, sentimos muy vivamente lo que es vivir en un faro, «en silencio: sin televisión, sin radio, sin nada», sobre un acantilado propicio al senderismo o al parapente, con una vegetación mínima a la que cubre la niebla, azota la ventisca, despeina la lluvia e ilumina a veces un sol oblicuo, sin ningún acompañante ni rostro humano alguno por los alrededores, por donde el médico pasea como un sonámbulo, sin rumbo, hasta la playa de Nadie: «Las hierbas me rozan las rodillas. Los senderos se bifurcan y se cortan en el vacío», normalmente con un viento demencial, bajo el graznido de gaviotas aloçadas. El lector se pregunta si el desamparo del espacio circundante, la dura soledad, lo llevará al cabo a un definitivo solipsismo personal, hasta torcerle y agriarle el carácter o resistirá como si tal cosa y se acilimatará a las circunstancias. «Este litoral te expulsa, te repele», le espeta, a modo de aviso, lo poco de llegar, la directora, de armas tomar, de la residencia de ancianos de una isla cercana, Goz, definida como «un meteorito caído en pleno océano», donde tiene la mayoría de su clientela, si bien una empleada del geriátrico, de nombre Irina, inmigrante curiosamente ucraniana, podría ali-

viarle la añoranza en esa especie de destierro laboral, buscado para purgar sus devaneos pasionales.

A un lugar real, aún más inhóspito, nos traslada Pete Fromm, natural de Wisconsin, considerado por la crítica «como uno de los grandes prosistas actuales del Oeste americano», en 'El nombre de las estrellas' (Errata Naturae). Como 'Indian Creek', que nos deslumbró y recomendamos en estas páginas, la narración se enmarca en la llamada 'nature writing', que se traduce últimamente con el palabra «literatura». La experiencia central de autotificación robinsoniana que se nos trasmite es muy parecida a la anterior: el cuidado y seguimiento del progreso de unos huevos de timalo.

Bajo la apariencia de notas tomadas a pie de obra, en una cabaña, estación del Servicio Forestal, aislada por completo del mundo, con un petirrojo por toda compañía, en la narración se alternan el registro de la vida retirada, entre lluvia y nublados wagnerianos, en ese paraje natural de Bob Marshall, Montana, adonde pretendió llevarse de acampada a sus hijos, de seis y nueve años de edad, el mes y pico que permaneció allí, aunque afortunadamente se lo impidieron por descabellado, debido a la peligrosidad del lugar, con analepsis de sus anteriores ensayos de supervivencia extrema o pruebas de su irreducible espíritu aventurero, forjado ya en su infancia y ado-



lescencia. Fromm es un defensor a ultranza de la vida asalvajada, como de pionero, tiene inoculada además una especie de «virus de solitario», y nos lo cuenta de maravilla, no es de extrañar que al apartado andurrial boscoso se lleve un libro de Hemingway, al que trata como Ernie.

El paraíso terrenal de Caterina, la protagonista de 'Tres veranos' (Periférica), novela de culto de 1946, quizá la más emblemática de la narrativa griega de siglo XX, de la ateniense Margarita Liberaki, es una casa en medio de una pradera, con jardín y frutales (albaricoqueros, manzanos, cere-

Viernes 30.09.22

EL NORTE DE CASTILLA



**MONTEVIDEO**  
ENRIQUE VILA-MATAS

Seix Barral.  
304 páginas. 19,90 euros.

Enrique Vila-Matas convierte 'Montevideo' en una entrega más de esa obra río que inunda sus novelas. Aquí regresan sus referencias literarias (Walsler, Tabucchi, Sterne, Melville), vuelve a escenarios ya explorados (ese París que convoca a las musas, ese bar ballenero de las Azores). Y ahonda en ese de-

sasosiego del escritor que no escribe, del autor que convierte sus textos en una «biografía de su estilo» (37), del novelista que hace de su vida literatura. El narrador acude a Montevideo y se aloja en un hotel donde antes se hospedó Cortázar y escribió un cuento ambientado en un cuarto con una puerta secreta. Esa puerta real se convierte en instrumento de ficción. Y la ficción, a su vez, transforma la imagen de la puerta real. La reflexión sobre cómo lo inventado puede influir en el mundo real atraviesa este libro, que habla sobre cómo lo narrado cambia la experiencia de lo vivido, cómo toda escritura es autoficción y la literatura no depende de la trama y las peripecias narrativas. V. V.



**LA FAMILIA**  
SARA MESA

Anagrama.  
232 páginas. 18,90 euros.

Ya hay algo opresivo, misterioso, en esas dos primeras páginas de una casa de pasillos oscuros, habitaciones sin cerrojo, armarios que no cierran del todo, con unos seres que se mueven sigilosos y con miedo a decir. El hogar, en apenas unos párrafos, se convierte en una trampa y un pe-

ligro. Y a partir de ahí, Sara Mesa construye un libro en torno a una familia llena de secretos, temores, silencios, autoritarismos, mentiras. Con más notas de humor de lo habitual en su obra anterior, la autora ensambra su historia en capítulos cortos, casi como relatos autónomos (la familia ya deshecha) de saltos temporales y cambios de voz narrativa. Así, conocemos al padre que finge ser lo que no es, la madre que sufre, los hijos educados en las inseguridades. Y Aquí, el hijo menor, que aprendió a disociar el castigo del acto que lo genera: hay acciones que son penadas y no deberían... y otras que no reciben castigo pese a no estar bien hechas. V. V.

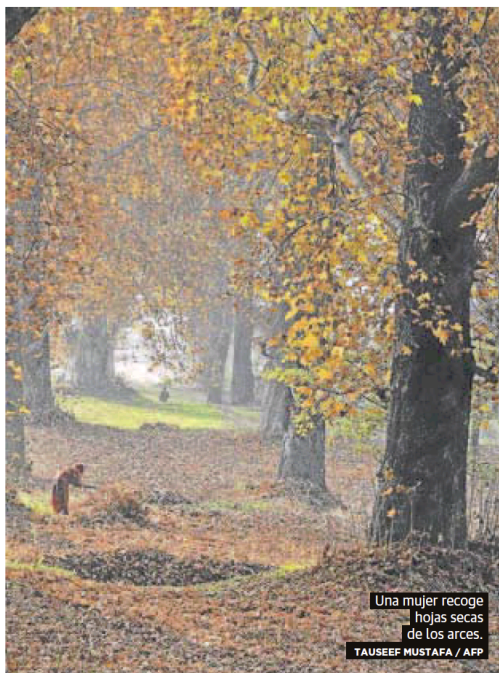


**EL HOMBRE EN LA COLA**  
JOSEPHINE TEY

Hoja de lata.  
330 páginas. 22,90 euros.

La editorial Hoja de Lata emprendió hace siete velos la recuperación del patrimonio literario de Elizabeth Mackintosh (1896-1952), una escritora escocesa que firmaba sus novelas de misterio como Josephine Tey: el nombre de su madre y el apellido de su abuela. Muchas están

protagonizadas por Alan Grant, inspector de Scotland Yard que aquí hace frente a un misterio, escrito en 1929, que aprovecha las inquietudes de una época sacudida por los muchedumbres. Durante las largas colas para asistir, en el centro de Londres, a la representación teatral de una conocida actriz, un hombre es apunhalado sin que nadie en la fila se haya dado cuenta hasta que el cadáver ya está en el suelo. Comienza así una investigación que Tey salpicada de ingeniosos interrogatorios, donde destaca su talento para la descripción: desde la vorágine de Londres (del Strand a la estación de Waterloo) hasta el paisaje escocés. V. VELA



Una mujer recoge hojas secas de los arces.  
TAUSEEF MUSTAFA / AFP

zos...) plantados por su abuelo seguramente como desagravio por el abandono de su mujer polaca, idealizada por la nieta, que se escapó con un músico y nunca más se supo de ella. Lejos del mundo, «rodeada de vergeles y prácticamente aislada», entre hileras de lavandas florecidas, con «cientos de mariposas bancas» volando en derredor, es el centro de esta novela de iniciación, en tres movimientos estivales, con sus correspondientes ritos de paso, propios y de sus dos hermanas, que la adolescente, a punto de la mayoría de edad, va rumiando en soledad.

Es pues una minuciosa y delicada evocación, una remembranza novelizada en toda regla, de «aquellos años como si fueran un único día». Los personajes (hermanas, padres, conocidos, lugareños) están trazados con una viveza soberbia y durante todo el argumento destaca la habilidad narrativa de Libraki, no exenta de la poesía que conlleva la pubertad cuando se afronta desde una sensibilidad y una sensualidad exacerbadas. La protagonista, que confunde adrede realidad e imaginación, de un vitalismo arrollador, desbordante, explosivo –el de su

abuela polaca, «su vínculo especial con la naturaleza», cuya memoria difusa y secreta tanto le fascina–, confiesa: «Me encanta la vida». Lo que no obsta para que cultive su vertiente meditativa, sabedora de que «todos nos escondemos unos de otros», de ahí que cuando le piden matrimonio, tras una ardua conquista, se encierre una semana en su cuarto para tranquilizarse, «como los ascetas del desierto».

Me imagino ahora al médico apartado en Punta Albatros subiendo por la escalera de caracol del faro para otear la bruma entre el cielo y el mar, mientras el espacio se difumina y el barquero, cual Caronte redivivo, se dirige a la isla de los ancianos, casi de los muertos. O a Pete Fromm, equipado con su gaita con cencerro, «el spray antiosos y la pistola», cantando para hacer notar su presencia, bajo un aguacero habitual, esta vez «extraordinaria y estúpidamente fuerte», camino de la presa de los castores o adentrándose «en el bosque sumido en la penumbra», para cumplir con su rutina diaria de vigilancia de los huevos de una especie de salmones, hasta que una cría de wapiti a medio devorar le hace retroceder sobre sus pasos para evitar males mayores si lo localiza el oso grizzly que a buen seguro se ha escabullido tras dejar a medias sus aperitivo de almuerzo pero no debe de andar muy lejos. O a Caterina, sola en el pajar, a la hora de la siesta, con «un silencio lleno de sombra y de olor a heno», recreando pasajes de 'La Odisea' o de 'Los viajes de Gulliver'; cantando en medio del aguacero, no para espantar los osos, sino las penas; o bien disfrutando de un paseo por el campo, entre las zarzamoras, los olivares y los pistacheros, bajo un coro de cigarras. La buena literatura nos permite vivir otras vidas, con toda su belleza, a través de la imaginación.

## AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



## Un siglo de amor de oro

Santos, decibles, indecibles, sesgados. Siempre en riesgo. Así fueron los amores en la edad dorada de la literatura española. Y así lo cuenta el poeta y crítico Luis Antonio de Villena en su libro 'El amor', publicado por la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Un tiempo que en nuestros textos escolares sigue denominándose como el Siglo de Oro. Una edad, dice el escritor, donde poder cultural y poder político son una misma cosa, los dos ligados «a la hegemonía mundial de la monarquía hispánica». Que se abre simbólicamente en 1492, con la toma de Granada, el Descubrimiento y la expulsión de los judíos, pero también con la 'Gramática' de Nebrija. Y que políticamente termina en 1659, con el Tratado de los Pirineos, si bien culturalmente, según Villena, habría que estirarlo por lo menos hasta el año de la muerte de Calderón en Madrid, en 1681, si no hasta el del fallecimiento de Sor Juana Inés de la Cruz en Ciudad de México, en 1695.

Tiempos de políticas revueltas y cultura de altos vuelos. Y de amores «plurales». La versión española y el desarrollo de esa herencia petrarquista y platónica del amor «de sensualidad idealizada» que inaugura en España Garcilaso, «acaso, el primer poeta español moderno». Y que enseguida alcanza la cima de su 'pluralidad' con los amores entre el alma y Dios de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, «ansia de amor viva». Un camino amoroso que encuentra enseguida a una de sus voces más extraordinarias, la de Lope de Vega («quien lo probó lo sabe»), siempre cerca y lejos de aquel personaje «difícil, elegante y sospechoso» que



**EL AMOR**  
LUIS ANTONIO DE VILLENA

Instituto Nacional de Artes Escénicas y de Teatro. 108 pág. 3 euros.

fue don Luis de Góngora. Y una corriente que se terminó convirtiendo en mito universal en la figura de Don Juan Tenorio.

Para cerrar este juego de amores, además de la figura de Sor Juana («¿amor silente o silenciada sabiduría?») reserva Villena en su estudio una figura sin duda menos conocida, pero no necesariamente menos destacada por la crítica académica, como es la del Conde de Villamediana, «uno de los personajes (además poeta, y bueno) más singulares y algo dandi de nuestro Siglo de Oro». Don Juan de Tassis y Peralta, segundo Conde de Villamediana, fue poeta, político, jugador, libertino, viajero y árbitro de la elegancia. Y murió asesinado en Madrid, frente a la iglesia de San Ginés, en visperas de un juicio por sodomía en el que llegó a estar implicada la Corona.

Tal vez el centro, o la culminación de todos estos amores, o del Amor, con mayúsculas, seguramente habría que reservárselo a Quevedo. Porque un «enamorado del amor», dice Luis Antonio de Villena, «sabe a la postre, o quizá casi desde el inicio, que al Amor, al poderoso y rotundo y contundente Amor, posiblemente nunca se llega». Un ensayo certero y revelador.